

## EL I CONGRESO INTERNACIONAL DE MUJERES POR LA PAZ: LA HAYA, 1915

Una de las iniciativas femeninas más destacadas y significativas desde una perspectiva civilizatoria, nacida del impulso del sufragismo, fue la organización, en plena I Guerra Mundial, del Primer Congreso Internacional de Mujeres. Se abrió en La Haya, el 28 de abril de 1915, cuando ya se llevaban nueve meses de la Primera Guerra Mundial. Este congreso marcó un hito simbólico ya que en él se sentaron las bases de un movimiento internacional de mujeres por la paz. Bajo la presidencia de Jane Addams, reformadora social norteamericana, sufragista y antimilitarista, que recibiría el Premio Nobel de la Paz en 1931 alrededor de un millar de mujeres (1136 mujeres con voto y más de 300 visitantes y observadoras) representando a unas 150 organizaciones de 12 países, beligerantes y neutrales, se reunieron para elaborar una estrategia de paz, protestar contra la locura y el horror de la guerra y hacer un llamamiento a la mediación inmediata de los países neutrales.

Mujeres de distintas tendencias, apoyaron el Congreso: laboristas británicas, sufragistas y sindicalistas de distintos países, mujeres de organizaciones tan diversas como las Trabajadoras Agrícolas de Hungría, la Liga para la protección de los Intereses de los Niños de Holanda o la Asociación de Mujeres Abogadas de Estados Unidos (Nash, 154).

El Congreso de la Haya<sup>1</sup> fue un hijo de la Alianza Internacional por el Voto de la Mujer, aunque no recibió el apoyo oficial de todas las organizaciones que la conformaban. Debido a la guerra, la Alianza había suspendido una reunión que iba a celebrarse en Junio de ese mismo año en Berlín. Pero algunas no se resignaban a la inactividad, entre ellas Aletta Jacobs, presidenta de la Alianza sufragista holandesa y una convencida de que las mujeres podían jugar un importante papel contra la guerra. En febrero de 1915, convocó en Amsterdam una reunión a la que asistieron cuatro belgas, cuatro alemanas y cinco británicas, entre ellas Kathleen Courtney, secretaria honoraria de la Unión Nacional de Sociedades por el Sufragio Femenino, Chrystall MacMillan, abogada escocesa, sufragista y pacifista y Catherine Marshall, secretaria parlamentaria de la UNSSF. De aquella reunión saldría la decisión de convocar el congreso.

Impacta pensar en la fuerza de estas mujeres de principios de siglo, decididas a viajar en tiempo de guerra, y dispuestas a actuar en medio de todas las dificultades para tratar de pararla. Para muchas delegadas, llegar a La Haya fue una verdadera odisea. Las sufragistas alemanas, entre las más entusiastas, fueron detenidas en la frontera holandesa, aunque veintiocho lograron atravesarla. Entre ellas, la feminista y sindicalista Lida Gustava Heymann y la Dra. Anita Augspurg, la primera jueza que hubo en su país. De Hungría, Rosika Schimmer que, en 1919, llegaría a ser la primera

---

<sup>1</sup> Sobre el Congreso de La Haya, puede verse: BUSSEY, Gertrude and TIMS, Margaret (1980) *Pioneers for Peace. Women's International League for Peace and Freedom 1915-1965*. Oxford, Alden Press; LIDDINGTON, Jill (1983) "La campaña de las mujeres por la paz. Historia de una lucha olvidada". En: Dorothy Thompson (comp.) *Over our dead bodies*. (Trad. Mireia Bofill, *Antes muertas. Mujeres contra el peligro nuclear*, Barcelona, LaSal, 192-210); y VELLACOT, Jo (1993) "A Place for Pacifism and Transnationalism in Feminist Theory: the early work of the Women's International League for Peace and Freedom", *Women's History Review*, Volume 2, Number 1, 23-56.

mujer embajadora de la historia y de Norteamérica, además de Jane Addams, llegaron Emily Greene Balch, catedrática de Economía en Wellesley y la Doctora en Medicina Alice Hamilton.

En Gran Bretaña, 180 mujeres estaban preparadas para asistir al Congreso cuando el Gobierno inglés les negó el permiso para salir del país. Tras la intervención de Kate Courtney, que usó de sus cercanas relaciones con miembros del Gobierno para mediar a favor de las delegadas, se llegó al acuerdo de permitir viajar a veinticinco. Pero las dificultades no terminarían ahí. Para las fechas del viaje, Winston Churchill y el almirantazgo habían cerrado el tráfico de todo tipo de buques a través del Mar del Norte. Finalmente, ninguna británica pudo salir del país, y de este país sólo asistieron las que se hallaban ya en La Haya. En el muelle de Tilbury se quedaron, entre otras, Catherine Marshall y la predicadora Maude Royden.

Las cinco delegadas belgas, desde su ocupado país y tras muchas dificultades, lograron llegar un día tarde y a propuesta de las alemanas, fueron invitadas a sentarse en el escenario. Ninguna mujer francesa o rusa logró asistir.

El Congreso adoptó veinte resoluciones, bajo seis capítulos: 1. Las mujeres y la guerra. 2. La acción para la paz. 3. Los principios de una paz permanente. 4. La cooperación Internacional. 5. La educación de la infancia y 6. Las acciones a adoptar. En el conjunto de las resoluciones destacaban: la creación de una conferencia de naciones neutrales que sin dilación habría de ofrecer una continua mediación (Resolución 4); la petición de que se oyera la voz de las mujeres en los Acuerdos de paz, a través de una conferencia de mujeres organizada en el mismo lugar donde se firmaran (Resolución 9) y que los acuerdos alcanzados por el Congreso se llevaran a los dirigentes de los países beligerantes y neutrales de Europa, así como al Presidente Wilson, de los Estados Unidos<sup>2</sup>.

Dos delegaciones del Congreso de mujeres de La Haya recorrieron Europa, yendo a visitar a los Ministros de Asuntos Exteriores tanto de los países beligerantes como de los neutrales. Mientras en su país no tenían derecho al voto, la convicción y el empuje de estas mujeres hizo que, en la práctica, ejercieran de embajadoras de la paz, y fueran recibidas y escuchadas con respeto, por los líderes de 14 capitales, primeros ministros y Ministros de Asuntos Exteriores; entre ellos, el rey de Noruega, el Papa y el Presidente de los EEUU.

Pese a todos estos esfuerzos, su apuesta más decisiva para terminar con la guerra, la puesta en marcha de una mediación inmediata, que ellas proponían que fuera llevada a cabo mediante una diplomacia no convencional, involucrando a personas de prestigio con experiencia internacional, como científicos, economistas e intelectuales de las letras y las artes, no llegaría a realizarse. Los países neutrales, que habrían de haber organizado la Conferencia, no llegaron a convocarla<sup>3</sup>.

En Francia, tras el Congreso de La Haya, al que ninguna francesa pudo asistir, Gabrielle Duchêne, defensora de los derechos de las mujeres organizó un Comité nacional. Recibió el apoyo de Madame de Saint-Prix, de Madeleine Roland y del círculo de escritores pacifistas y socialistas de Romain Rolland. La llamada al Gobierno

---

<sup>2</sup> BUSSEY, Gertrude and TIMS, Margaret (1980), *Op. Cit.*, pp. 20-21.

<sup>3</sup> El informe de las comisiones fue más optimista de lo que la realidad posterior mostró. Cfr. "Manifiesto issued by Envoys of the International Congress of Women at The Hague to Governments of Europe and the President of the United States". BUSSEY, Gertrude and TIMS, Margaret (1980), *Op. Cit.*, pp. 22-24.

francés de que no desechara ninguna propuesta de paz, tuvo como reacción la confiscación de los papeles de Mme. Duchêne y el encarcelamiento de algunos miembros del comité que escribían a favor de la paz (Bussey, 1980, 27).

En Italia, se formaron dos comités de mujeres, uno en Milán y otro en Roma, pero la oposición del gobierno impidió su trabajo. El grupo de Milán, fue perseguido por la policía, a consecuencia de una petición a favor de la paz que Rosa Genoni hizo circular en diciembre de 1916.

Las delegadas alemanas, al regresar a su país, fueron criticadas e insultadas, algunas incluso encarceladas. Bussey se pregunta (p. 28) cuánto duraría un embajador que elaboró un informe sobre el congreso de La Haya, en el que elogiaba a las alemanas que habían asistido por mantener sus principios pacifistas. Lida Gustava Heynmann fue amenazada con la expulsión de Baviera si continuaba con su propaganda pacifista. En 1917, los grupos de mujeres por la paz en Alemania fueron los primeros en condenar públicamente la dureza de los términos del Tratado de Brest-Litovsk, firmado con Rusia en 1918.

También en Norteamérica, tras su entrada en la guerra, en abril de 1917, los grupos de mujeres por la paz, extendidos a 22 estados, empezaron a tener problemas. Los mítines que organizaban eran reventados, e incluso se erosionó la reputación de Jane Addams. Las norteamericanas y las escandinavas se dedicaron a estudiar las condiciones para una paz justa y a la elaboración de propuestas para la creación de la Liga de las Naciones.

Del 12 al 19 de mayo de 1919 se celebró en Zürich, el segundo Congreso Internacional de Mujeres por la paz, ahora bajo una atmósfera más pesimista. Fue un congreso de gran emoción. En los rostros y cuerpos de las mujeres de los países derrotados, eran visibles los estragos causados por el hambre y la privación de la guerra. La primera iniciativa del Congreso fue telegrafiar al presidente Wilson a París, pidiendo que se levantara de forma inmediata el bloqueo a los países que habían perdido la guerra y se establecieran medidas de ayuda humanitaria. Wilson se excusó por 'dificultades prácticas'.

Al Congreso de Zürich, asistieron mujeres de 16 países, siendo las mayores delegaciones las de Alemania, Gran Bretaña y USA. El esfuerzo de las mujeres fue inmenso. Las tres delegadas australianas tuvieron que viajar durante 10 semanas. Debido a problemas con los visados, sólo dos francesas, Andrée Jouve y Mlle. Reverchon pudieron asistir. En la última mañana, no obstante, llegó una tercera, lo que dio lugar a un momento de intensa emoción. Venía de Las Ardenas, una de las zonas más devastadas por la guerra. Lida Gustava Heynmann se levantó a abrazarla, mientras decía entre lágrimas:

Una alemana da la mano a una francesa y, en nombre de la delegación alemana, declara que nosotras, las mujeres, esperamos poder construir un puente que vaya de Alemania a Francia y de Francia a Alemania; también esperamos ser capaces, en el futuro, de hacer bien lo que los hombres están haciendo mal (BUSSEY, 1980, 30).

Hubo una reacción general de apoyo a esta actitud. Mlle. Mélin habló repudiando la declaración de Versalles y urgiendo a las mujeres del mundo a la unidad internacional. Emily Greene Balch se levantó y juró ante el Congreso que trabajaría con todas sus fuerzas por la abolición de la guerra. A continuación el resto de mujeres del Congreso se unieron a este juramento.

El Congreso criticó los términos de la paz propuesta en Versalles, que no aseguraban en absoluto una paz justa y duradera, sino todo lo contrario. Sólo la propuesta de la creación de la Sociedad de Naciones parecía bien aunque no así los contenidos.

Si del Congreso de la Haya había surgido el Comité Internacional de Mujeres para una Paz permanente, ahora se proponía la formación de una Liga por una Paz Permanente, que a propuesta de Catherine Marshall se llamó Liga Internacional de Mujeres por la Paz y la Libertad (*Women's International League for Peace and Freedom, WILPF*), una organización con pretensiones de unir dos movimientos que las asistentes al congreso sentían vitalmente vinculados: el movimiento feminista y el movimiento pacifista. El Comité Ejecutivo de WILPF fue elegido sobre bases individuales, no nacionales y, para estar cerca de las oficinas principales de la Liga de las Naciones, se estableció en Ginebra. Estaba formado: Jane Addams de USA, presidenta; vicepresidentas: Helena Swanwick y Lida Gustava Heymann; Emily Balch, Secretaria tesorera; y Secretaria asistente, la holandesa Cor Ramona-Hirschmann.

En los años posteriores, la nueva organización se dedicó a influir para que la Sociedad de Naciones fuera realmente una institución favorecedora de la paz.

Las fundadoras de la LIMPL eran mujeres de clase media, con formación académica, algunas de ellas graduadas en Oxford o Cambridge, que hablaban varios idiomas y no se arredraban ante viajes y dificultades. Rosika Schwimmer, por ejemplo, era capaz de hablar nueve idiomas. En su mayoría pertenecientes a la rama moderada del sufragismo, se orientaban hacia una visión del feminismo que no excluía ningún asunto en la búsqueda de la participación política plena para las mujeres. Era un feminismo transnacional, que se interesaba por la economía y las relaciones internacionales y que consideraba fundamental establecer acuerdos para afrontar los conflictos internacionales de una manera civilizada. Según Vellacot (1993, 39), para nada se trataba de

un conjunto de mujeres socializadas para la subordinación amable, reaccionando con el disgusto apropiado a los horrores de la guerra, y ansioso de cumplir el rol maternal de aplicar vendas a las heridas que los muchachos se habían infligido unos a otros.

Ellas creían realmente en la posibilidad de solucionar las disputas de otro modo, a través de un arbitraje internacional. Querían influir en la marcha de los acontecimientos, no estaban dispuestas a tener un papel subordinado, aplicándose a las tareas de arreglar los desastres que la guerra causaba.

Las impulsoras del Congreso de La Haya, no estaban allí dejando de lado el feminismo para afrontar cuestiones que podrían considerarse más importantes que los derechos de las mujeres. No. Promovieron el Congreso porque “para ellas la cuestión de la guerra y la paz era una preocupación feminista, un desarrollo lógico de su comprensión de lo que significaba un rol de igualdad, pleno, de las mujeres” (Vellacot, 1993, p.39).

(Fragmento del libro de Carmen Magallón: *Mujeres en pie de paz*, Madrid, Siglo XXI, 2006, pp.51-57.)